

de lágrimas condensadas en las cabañas de los negros. Poco antes de que la servidumbre del terruño fuera enterrada en Rusia, la mató Gogol. Lo más admirable, para demostrar la eficacia del génio y la ineficacia de la persecucion, es que la censura dejó franco paso á la obra, y el Emperador la premió con un libro, cuyas hojas eran billetes de banco. Pero bien pronto conocieron todos el veneno guardado en aquella humilde flor de las estepas. Gogol fué acerbamente criticado, suponiéndole falta completa de patriotismo. La segunda parte de su novela ó no se escribió nunca, ó se quemó despues de escrita.

El poeta cayó en tristeza tan grande que nadie sabe todavía si lo consumió esta triste-

za. Lo cierto es que su razon se extravió mucho, y en sus extravíos, para agradar al amo de todas las Rusias, publicó unas deplorables cartas sobre la ortodoxia griega. En la juventud, en la fiebre, consumido por un mal misteriosísimo, mal que le daba profunda y extraña melancolía, espiró Gogol, despues de haber dejado entrever algunos círculos del infierno de la servidumbre. Pero la literatura, despertada por Pouchkine, cumplió su destino; á través del látigo, del Kout, de las bayonetas, de los vèrdugos, y de los Emperadores, pasó con su antorcha; y encendió en millones de seres enterrados bajo el terruño, la luz y el calor de la vida con la luz y el calor de la libertad.

CAPITULO XXII.

UNA REVOLUCION RUSA.

Agitada Rusia por innumerables ideas, debia tambien agitarse profundamente en la esfera inferior de la realidad de los hechos, durante los primeros dias del reinado de Nicolás. Su hermano Alejandro, que indirectamente contribuyera á la muerte violenta de su propio padre, Paulo I, y que convidára á los asesinos á llevar el ataúd en el solemne entierro de la régia víctima; vivió vida melancólica, y murió muerte desesperada y siniestra. El recuerdo de su padre; la conviccion de que la corona habia quemado la frente de su hermano mayor; la seguridad de que el propio temperamento le arrastraban á la violencia; el matrimonio con una mujer de rango inferior á su rango; decidieron al gran-duque heredero, á Constantino, resuelta, poderosamente á declinar el Imperio, que solo podia anticiparle desastrosa muerte. Antes, mucho antes de que su hermano Alejandro pasara de esta vida, depositó el heredero Constantino en lugar seguro, solemne renuncia al trono, que debia recaer en la persona de su her-

mano segundo, Nicolás. Este dudaba si aceptarla ó no; y creia que la renuncia de Constantino necesitaba solemne confirmacion. Así, entre la muerte del Emperador Alejandro y el advenimiento del Emperador Nicolás, hubo un período de verdadero interregno.

La ocasion era propicia para un movimiento revolucionario. En esos instantes en que el poder carece de unidad, las revoluciones toman fuerza y corage. Por las estepas rusas corria el viento revolucionario que agitaba á toda Europa. El masonismo se confundia con las demás sectas de los campos rusos y llenaba los corazones de sentimientos progresivos y humanitarios. La irrupcion de las huestes napoleónicas habia sembrado tambien tras sus pasos vaga aspiracion á la reforma social. El ejemplo de los movimientos militares de España é Italia, esparcia esos contagios, en que palpita el espíritu fundamentalmente uno de toda Europa. La Constitucion española de 1812, constitucion esen-

cialmente democrática, deslumbraba las inteligencias, y atraía á sí muchas nobles almas. El Emperador difunto, en sus veleidades liberales admirábala mucho, y exigía á los soldados españoles reunidos contra Napoleon bajo sus banderas juramento de servirla y defenderla. A todos estos externos motivos, uníase el ideal acariciado en algunos cosacos de ánimo esforzadísimo, y que los impulsaba fuertemente á elevarse sobre los tiempos de la dinastía germánica á los tiempos de Ivan, para buscar en su tradicion puramente moscovita, no restauraciones imposibles de Imperios, yertos como los imperios asiáticos, sino gérmenes de una República federal eslava, que fuese el lazo sagrado entre toda una heroica raza.

De aquí sociedades secretas innumerables. Ya en 1823 la llamada del *Bien público* habia echado en Volhynia las bases de la alianza federal panlavista. Una comision de jueces, de esbirros, de verdugos, fué mandada de la corte contra esta sociedad de republicanos que padeció, pero no espiró en la persecucion. Muchos pensadores la llevaron á las provincias más apartadas, y muchos militares la recibieron como promesa de emancipación y como medio de unir su instituto con el espíritu de nuestro siglo. Aquellas sociedades eran verdaderas conjuraciones. Por 1823 tuvieron los conjurados una reunion misteriosa en Kiew, donde se confabularon para destronar á la familia reinante. Sucediáanse unas á otras las reuniones en diversos territorios del Imperio, proponiéndose en todas el destronamiento de la dinastía alemana y la proclamacion de la República rusa. Estas sociedades crecian en tales términos que llegaban á tener asiento en la misma capital del imperio, bajo ejércitos de esbirros, y se animaban al calor del alma de un poeta, el cual se reía del despotismo, á pesar del presentimiento siniestro de que moriria á sus manos. Y mientras estas ideas hervian confusamente en la inteligencia de la juventud literaria y militar, Alejandro

espiraba en su reclusion de Tangarog, herido, no por el puñal de estos conjurados; sino por su negra melancolía.

El 8 de Diciembre de 1825, supo el gran duque heredero la muerte de su hermano, é inmediatamente confirmó á Nicolás su resolucion de no aceptar el trono. A pesar de esta resolucion, Nicolás hizo jurar por Emperador á Constantino, y solo aceptó para sí la corona cuando se hubo convencido de que no le quedaba otro recurso, vista la tenacidad del heredero en renunciarla. Los papeles que llegaron del retiro donde habia muerto Alejandro, anunciaban la conjuracion, y aun designaban como sospechosos de tramarla y sostenerla varios oficiales de la guardia.

El gobernador militar, hombre de gran candor y de cortos alcances, no queria creerlo, y cuando le hablaban de las reuniones misteriosas de los jóvenes solia decir: «Dejadlos que lean entre sí y entre sí aplaudan mutuamente sus pésimos versos.»

Los conjurados supieron que despues de haberse prestado juramento de fidelidad á Constantino, debia prestársele otro nuevo á Nicolás; y pensaron hallar en aquel extraño caso plausibles coyunturas para arrastrar á los soldados á una sublevacion, asegurándoles que el heredero legítimo habia sido destronado por su hermano rebelde, intruso, tal vez fratricida. Era la mañana del 26 de Diciembre de 1825. Nicolás, asaltado de torvas ideas leia la fórmula del juramento y la completaba con una proclama á sus tropas. Muchos de los regimientos habian ya cumplido con la fórmula, y Nicolás respiraba, cuando llega la noticia que los soldados de Moskva se resistian, que mataban á alguno de sus jefes, que iban hácia palacio sublevados, y que se reunian en torno de la estatua de Pedro el Grande, amenazando con sus avanzadas y sus tiradores á todos los transeuntes. El Emperador vaciló un momento, pero al cabo se decidió á salir contra los sublevados. Su familia le detenia, arrojándose todos, y espe-

cialmente las princesas desoladas, á su cuello, á sus piés, para impedir la salida. El momento era decisivo, supremo; uno de esos momentos en que se resuelve la suerte de las dinastías y de los imperios. La vacilacion del Emperador podia alentar á los soldados. Nicolás salió. Una gran multitud rodeaba el palacio, y oia sumisa la proclama leida por el mismo Emperador con voz verdaderamente exténtorea. Cumplido este acto, reinó silencio tan profundo, que el Emperador se dirigió á algunos ciudadanos diciendo que en sus mejillas besaba á todo el pueblo, y en aquella inmensidad solo se oyó la resonancia de los besos.

Los sublevados formaban una muchedumbre confusa, abigarrada, donde las voces eran tan discordes como las ideas, sin ninguna disciplina que los uniera, ni motivo alguno claro que los impulsara, pues mientras varios de sus jefes acariciaban una república, la totalidad pedia, anhelante de servidumbre, el verdadero, el legítimo tirano. Dábanse muchas voces de «Viva la Constitucion,» que los soldados repetian con delirio, imaginando que Constitucion era el nombre de pila de la mujer de Constantino. Y mientras esta discordancia reinaba en sus filas, adelantábase Nicolás á su presencia. Un viejo general, que le acompañaba, y fué el primero en reclamar de los sublevados disciplina, cayó traspasado de un pistoletazo á los piés del Czar. Un hombre resuelto hubiera en aquel punto destronado á la familia germánica y destruido la obra de Pedro el Grande, porque el Emperador, si bien exponia su persona, descuidaba toda decision y suspendia todo encuentro. Un ataque de caballería, que por fin se ordenó, hubo de suspenderse inmediatamente, porque los caballos resbalaban en el hielo. Decidióse apelar á la artillería.

Pero en esta incertidumbre los regimientos de granaderos de la guardia se habian sublevado tambien y tocaban al palacio de Invierno para apoderarse de la familia imperial.

Cualquiera hubiese creido en tan supremo instante que sonaba la última hora de la dinastía de Rusia. Pero otro batallon de zapadores, fiel á Nicolás se interpuso, y evitó el golpe de mano. Las tropas sublevadas encontraron al Emperador en su camino, «Alto» dijo este. «Somos de Constantino» gritaron los granaderos. «Pues aquel es vuestro camino» les repuso el príncipe, señalándoles en su aturdimiento la plaza donde estaba el resto de las tropas. En estas habia universal indecision. El pueblo, fiel á Nicolás, se irritó, y comenzó á pedradas con los rebeldes. La artillería acabó la obra comenzada por el pueblo, y la insurreccion fué destruida, ahogada en su cuna.

Concebir con claridad un ideal, formularlo en silencio; difundirlo entre esclavos; tocar con su luz en las conciencias ciegas, con su calor en la tierra estéril; organizarlo por medio de sociedades que se difunden rápidas en vasto territorio de antiguo desolado por la tiranía; llegar á verlo estallar en el seno de los mismos institutos donde la autocracia encuentra el seguro de su poder, y el áncora de su despotismo; todo este trabajo podrá parecer baladí á los que solo miden la grandeza de los esfuerzos humanos por su éxito; pero eternamente parecerá grande á los que sabemos como toda idea sembrada germina, y como todo impulso dado mueve los pueblos, aunque al pronto desfallezcan, hácia el fin supremo de encarnar la propia vida, y realizar la propia esencia en la reivindicacion de sus derechos. El Emperador, en cuanto tiene del movimiento noticia, se arroja al pié de los altares, ruega y aun llora, despídese de su familia, monta á caballo, sale, impone respeto con su ademan imperioso, su hermosa figura, su mirada olímpica y centelleante, despierta en el pueblo los sentimientos de obediencia que hay en toda muchedumbre esclavizada, y concluye por medio de su artillería la salvacion iniciada por medio de su prestigio y de su audacia.